

# La investigación científica, un objeto decorativo

A mediados de febrero fue expulsado del Centro de Investigaciones Biológicas, perteneciente al Consejo de Investigaciones Científicas, un grupo de becarios que habían protestado por la situación salarial y también profesional en que se encuentran dentro del Centro y, en general, dentro del Consejo. El sistema de las becas es un expediente que el Consejo utiliza para asegurarse una fuerza de trabajo barata. Las becas oscilan entre las siete y las quince mil pesetas mensuales, según las distintas clases de becarios, y a estas cantidades se llegó solamente después de enconadas reivindicaciones. Los becarios no tienen consideración de trabajadores. Se les tiene por meritorios a quienes se hace "el favor" de permitirles aprender. Las becas se conceden anualmente y son renovables, pero ningún becario tiene la seguridad de llegar a alcanzar la categoría de investigador, sencillamente porque raramente se convocan las oposiciones en principio previstas para ello y, así, se mantiene a los becarios en una sempiterna situación de provisionalidad y aprendizaje.

Los becarios expulsados en febrero fueron finalmente readmitidos como consecuencia de movimientos de solidaridad que se produjeron. Con este motivo se han celebrado reuniones en que han participado becarios y también personal no investigador del Consejo, así como algunos investigadores, al objeto de reunir datos que permitan elaborar un informe no sólo sobre la situación de los becarios, sino también sobre todas las reivindicaciones salariales y profesionales, que se están manifestando en el seno del Consejo. El informe será elaborado próximamente, pero por las conversaciones que he tenido en estos días con diversos grupos de trabajo me es posible dar aquí un avance de los datos que se están reuniendo acerca del funcionamiento, o, por mejor decir, de la falta de funcionamiento del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Este Organismo, que fue creado en 1939 para sustituir a la decapitada Junta de Ampliación de Estudios de la preguerra, cuenta en la actualidad con unos seis mil miembros, de los cuales unos 1.200 son investigadores, unos 700 son becarios, es decir, personal investigador que no está en plantilla, siendo el resto personal no científico, técnicos y empleados. El Consejo es un organismo autónomo del Ministerio de Educación y Ciencia, y está dividido a su vez en organismos autónomos que engloban los diversos Patronatos e Institutos de Ciencias y Letras con algunas anomalías, como la que supone incluir el Instituto Rocasolano de Física y Química dentro del organismo autónomo que lleva el nombre de Alfonso X el Sabio, en principio dedicado a Letras.

El profundo malestar que se observa entre el personal no científico y entre los becarios no se debe sólo a cuestiones salariales, sino también profesionales. Las cifras arrojan grandes diferencias de tratamiento entre estos grupos y el personal investigador. Para citar un ejemplo, los sueldos de los profesores de investigación, máxima categoría dentro de los investigadores, han registrado unos aumentos del 56 por 100 en los últimos años, mientras que los sueldos de los auxiliares sólo han aumentado en un 13 por ciento. El personal investigador disfruta de cargos de carácter vitalicio, obtenidos con el espantoso sistema de las oposiciones, y percibe sueldos que pueden calificarse de adecuados sobre todo teniendo en cuenta que muchos de los investigadores tienen a la vez otros cargos en la Universidad o fuera de ella. Que los problemas del Consejo, sin embargo, no son debidos puramente a estas diferencias salariales

lo sugiere el hecho de que no falten investigadores en los grupos de trabajo que se están organizando para elaborar el informe a que me he referido, pues son ellos o los más conscientes de entre ellos los primeros en darse cuenta de la falta total de planificación con que se trabaja en el Consejo, de la falta de coherencia en la organización del trabajo y de la nula o muy escasa incidencia que la investigación científica tiene en la economía del país.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas tiene un presupuesto global que se estima en unos 3.000 millones de pesetas, lo que equivale solamente a un 0,34 por 100 del Producto Nacional Bruto, porcentaje bajísimo con respecto a los presupuestos dedicados a la investigación científica en otros países europeos. El Plan de Desarrollo había calculado que este porcentaje sobre el PNB alcanzaría el 0,8 por 100 para 1972, pero la realidad es que no ha llegado más que al 0,34 que he dicho para 1974. A nive-



los europeos, el país que menos dinero dedica a la investigación científica alcanza el 1,5 por ciento.

Desde hace años se viene anunciando un aumento de la plantilla a fin de atender las necesidades de la investigación. Este aumento no se ha producido tal como se había previsto, pues el Plan de Desarrollo había calculado que se duplicaría el personal. La falta de presupuestos ha hecho que el personal que ha ido entrando en el Consejo en estos años tenga que ser pagado con fondos originalmente destinados a otras atenciones; por ejemplo, utilizando cantidades presupuestadas para material fungible, en detrimento de la investigación. Los edificios que albergan los diferentes Institutos han quedado pequeños. En algunos de ellos, por ejemplo, trabajan 450 personas en unos locales originalmente pensados para 150. Las máquinas se acumulan en las dependencias y pasillos, de manera que se trabaja en las peores condiciones. El Instituto de Biología Molecular, por poner un ejemplo, tiene la maquinaria comprada desde tres años, pero aún no se ha comenzado a construir el edificio originalmente proyectado para el Instituto. Ahora parece que la Universidad Autónoma le va a ceder unos locales provisionales, pero, mientras tanto, las costosas máquinas yacen en almacenes que no poseen los mínimos sistemas de control de humedad. Los edificios nuevos que se han construido han demostrado ser inapropiados, y uno de los mejores edificios que existen en el Consejo sigue siendo el Instituto Rocasolano de Física y Química, situado en la calle Serrano, de Madrid, que fue construido en 1931. Por citar otro caso, el Centro de Investigaciones Biológicas de la calle Joaquín Costa sigue sin servicio de gas

desde las famosas explosiones que hace unos años se produjeron en el paso elevado de esta vía. Debido a la acumulación de maquinaria, han empezado a producirse grietas en algunos edificios y, como no hay dinero para repararlas o para construir edificios nuevos, lo único que se hace es pegar junto a las grietas unos papelitos indicando la fecha en que se produjeron. La falta de seguridad es total. En los institutos químicos pueden verse tanques de ácido sulfúrico almacenados en los patios. Disolventes de alta peligrosidad se acumulan en mal acondicionados sótanos. Los disolventes que sobran después del trabajo o los residuos de investigaciones biológicas, tales como huevos inoculados y otras materias se arrojan sencillamente al retrete sin que se tenga previsto ningún sistema de eliminación de residuos.

En Letras se produjo hace algún tiempo un curioso caso. El edificio de la calle de Medinaceli, de Madrid, donde se albergan los distintos institutos, ha visto aumentar en estos años el número de libros de sus bibliotecas. En un momento dado se temió que el peso de los libros causara el derrumbamiento del edificio y, en lugar de proceder a la construcción de un edificio nuevo, se tomó la antológica decisión de embalar todos los libros en cajas y almacenarlos en el sótano. Los investigadores y becarios protestaron y la orden no llegó a cumplirse, quedando así el problema sin resolver. La total falta de planificación, lo mismo en Ciencias que en Letras, puede perfectamente traer consigo el hecho de que dos grupos distintos realicen un mismo trabajo sin comunicación entre sí. Existen muchos trabajos realizados que no se han podido publicar por falta de fondos; mientras se han publicado otros de menor valor científico que aquéllos. En vez de haber, como sería lógico, varias personas para una determinada línea de trabajo, lo que sucede es que existen varias líneas de trabajo para una persona. No existiendo planes, se hace todo en función de las personas y los institutos se atomizan sin orden ni concierto.

Existe un tremendo absentismo por parte de muchos de los responsables de la investigación, y los becarios tienen grandes dificultades para encontrar a alguien que dirija sus tesis. La relación entre la Universidad y el Consejo es nula. No existen seminarios ni coloquios, y el trabajo en equipo depende sólo de la buena voluntad de las personas. Hay una enorme burocracia que absorbe los recursos y los esfuerzos del Consejo. La jerarquía se selecciona en la mayoría de los casos con criterios extracientíficos, y para muchos el Consejo constituye más una plataforma política que un lugar para el desarrollo de la ciencia. El criterio de selección del personal investigador, mediante oposiciones que confieren una seguridad de por vida invita al absentismo y al pluriempleo. La investigación tiene en nuestro país un carácter de objeto decorativo, y el científico es un artículo de lujo que no tiene ninguna influencia en la economía nacional. Los trabajos que el Consejo realiza por encargo de las empresas constituyen en su mayoría una ruina para este organismo, económicamente hablando, y más que prestar una asistencia científica, lo que muy a menudo hace el Consejo es una labor de "control de calidad" para la industria privada.

En resumen, puede decirse que, si bien es muy escaso el presupuesto que en España se dedica a la investigación, hay indicios de que el dinero que en ella se gasta constituye para el país un derroche. ■ LUIS CARANDELL.